

Educación, género y violencia

Rosalía Carrillo Meraz*

El presente artículo pretende explicar, a grandes rasgos, la razón por la que asistimos a la escuela, el arbitrario cultural que se ejerce sobre el niño al enviarlo a la misma, la violencia simbólica dentro del aula, el papel dominador del maestro, los contenidos escolares y la subordinación femenina, así como la violencia de género que se suscita en el aula a partir de los puntos anteriores. Dichos puntos pueden ser tema de discusión para tratar de entender cómo las imposiciones y requerimientos sociales provocan la inequidad de los géneros y la violencia legitimada y aceptada por la mayoría de las personas.

La educación es un requerimiento indispensable para desarrollarnos como entes socializados; si aunamos a ello la distinción que se nos hace al momento de nacer, clasificándonos como hombres y mujeres, tenemos como resultado una formación inequitativa en donde el ser hombre o ser mujer influye para nuestro desarrollo social. En la escuela nos enseñan cómo ser niños o cómo ser niñas sin preguntarnos si queremos aprenderlo, nos es impuesto por el hecho de que somos individuos bajo la tutela de la sociedad adulta.

Por lo regular acostumbramos a cuestionarnos poco y a obedecer lo que ya está dictado por la norma social. Nos educan no con lo que nosotros quisiéramos aprender sino con los aprendizajes y conocimientos legados y legitimados por generaciones pasadas.

* Es investigadora del proyecto CONACYT/UAMI "Educación, trabajo y violencia".

Por esta razón planteo algunos puntos que considero de suma importancia para tratar de explicar por qué en la escuela aprendemos a ser violentados y a la vez a violentar a los otros, muchas de las veces sin hacer conciencia de nuestros actos, simplemente porque seguimos lo ya establecido socialmente.

El presente artículo pretende explicar, a grandes rasgos, la razón por la que asistimos a la escuela, el arbitrario cultural que se ejerce sobre el niño al enviarlo a la misma, la violencia simbólica dentro del aula, el papel dominador del maestro, los contenidos escolares y la subordinación femenina, así como la violencia de género que se suscita en el aula a partir de los puntos anteriores.

Dichos puntos pueden ser tema de discusión para tratar de entender cómo las imposiciones y requerimientos sociales provocan la inequidad de los géneros y la violencia legitimada y aceptada por la mayoría de las personas.

¿Por qué asistir a la escuela? Imposición o necesidad de socializar

La educación es la base de la formación del individuo para interactuar y adaptarse en la sociedad en la que le tocó vivir. Pero ¿qué es la educación? Según la Real Academia de la Lengua, es un "acto de educar; crianza, enseñanza y doctrina que se les da a los niños y a los jóvenes; instrucción por medio de la acción docente"¹. La educación se da dentro y fuera del espacio escolar en el proceso de socialización del individuo, donde se le enseñan los lineamientos formales para amoldarse a los requerimientos que exige la sociedad en que se desarrolla.

Según la visión de Durkheim², "La educación es la acción ejercida por

¹ Real Academia de la Lengua Española, 2005.

² Durkheim, Emile, *Educación como socialización*. Salamanca: Sigüeme, 1976, p. 98.

generaciones adultas sobre las que no están maduras para la vida social; tiene como objeto suscitar y desarrollar en el niño cierto número de estados físicos, intelectuales y morales que requieren en él tanto la sociedad política en su conjunto como el ambiente particular al que está destinado de manera específica”. Esto es, que los adultos tienen en sus manos el futuro de los niños y jóvenes, quienes aprenderán de ellos para desarrollarse socialmente. El grupo de adultos participante en este proceso estará conformado por padres, familiares, vecinos, maestros y por todas aquellas figuras “adultas” que ejerzan, directa o indirectamente, autoridad sobre los aprendices; ellos serán quienes les brinden los saberes necesarios para aprender y crear conocimientos dentro y fuera del espacio escolar.

La educación es la base del desarrollo de los sistemas sociales, en ella se enmarca el comportamiento y los saberes de los individuos que conforman un grupo social, de ella depende que los alumnos sean entes funcionales en la sociedad que los alberga; para lograrlo, se creó una institución que, actualmente, es obligatoria para todos los niños y niñas mexicanos: la escuela. Constitucionalmente la escuela en México debe ser obligatoria, laica y gratuita y, a pesar de que la ley no se cumple al cien por ciento, la Secretaría de Educación Pública (SEP), según su propio discurso, se esfuerza por cumplir con estos lineamientos en conjunto con otras instituciones de gobierno.

Para el 2005, según el INEGI, en nuestro país 44,898,388 niños y jóvenes de entre tres y 24 años de edad, asistían a la escuela. La pregunta es ¿por qué asistían o asisten los niños y niñas a la escuela? ¿Por obligación?, ¿por gusto?, ¿por necesidad? ¿O porque simplemente eso les deparaba el destino?

Durkheim³ afirma que “La sociedad no puede vivir si no se da entre sus miembros una homogeneidad suficiente; la educación perpetúa y refuerza esa homogeneidad, fijando *a priori* en el alma del niño las semejanzas esenciales que impone la vida colectiva”. Esto significa que la educación es una herramienta indispensable para lograr que el individuo se socialice y, por tanto, se adapte a los requerimientos que le exige la sociedad.

La escuela brinda a los niños las herramientas necesarias para incursionar en el campo laboral, quien no cursa o no concluye este proceso educativo es marginado porque no está preparado para desarrollarse dentro del grupo *civilizado*. Hebert Marcuse⁴ retoma este término de Norbert Elias para explicar el proceso en el que el hombre deja de ser un ser asocial para adaptarse a la civilización en donde se desarrolla. Este proceso consiste en dejar el *id*, o el lado instintivo del

ser humano, para imponerle comportamientos “propios” de la raza humana, modales y conocimientos básicos. El humano crea códigos de lenguaje y corporales que utilizará para la comunicación, quien no los aprende, no es capaz de socializar por completo.

Los requerimientos principales de la educación se basan en las estructuras político-económicas, las cuales definen la función socializadora de la escuela. En palabras de Durkheim⁵:

... ésta (la educación) tiene como función suscitar en el niño: 1. Ciertos estados físicos y mentales que la sociedad a la que pertenece considera que no deben estar ausentes en ninguno de sus miembros; 2. Ciertas condiciones físicas y mentales que el grupo social particular (casta, clase, familia, profesión) considera igualmente que deben encontrarse en todos aquellos que lo constituyen. De esta manera, es la sociedad en su conjunto y cada uno de los ambientes sociales en particular quienes determinan este ideal que la educación tiene que realizar.

La educación escolar es, entonces, indispensable para el desarrollo social no sólo de los individuos sino de las instancias públicas y privadas que requieren del trabajo humano para funcionar. Y es necesario adaptarse a los contenidos que la escuela enseña, ya que, en teoría, están diseñados para brindar a los niños y jóvenes los conocimientos básicos para insertarse en la sociedad, específicamente al campo laboral.

La inserción al campo laboral dependerá entonces de las posibilidades económicas del alumno. La escuela está planteada como un organismo igualatorio en donde todos los participantes son tratados equitativamente. Pero en la realidad, dentro del espacio escolar se crean pequeños grupos definidos por el estatus social de los alumnos. Además, hay escuelas para ricos y para pobres. Por lo tanto, cada alumno será educado para desempeñar el rol que le fue asignado socialmente; si el alumno cuenta con mayores posibilidades económicas, será formado para ser líder en un futuro; sin embargo, si es nacido en un grupo social de bajos recursos, la escuela lo preparará para desempeñar empleos subordinados que representan la mano de obra barata, ya que pocos de los alumnos de este tipo de escuelas logran destacar en el ámbito académico.

Es injusta la manera en que la escuela secciona a los alumnos, pero es una realidad que no se ha podido evitar porque en nuestro país las diferencias son marcadas principalmente por el nivel económico. Y si se optara por no asistir a la escuela, inmediatamente se renuncia a los derechos de pertenecer a una sociedad civilizada, para convertirse en un ser marginado social.

³ Durkheim, *op. cit.*, p. 97.

⁴ Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*. España: Ariel, 1965.

⁵ Durkheim, *op. cit.*, p. 97.

Los padres pueden plantearse estrategias para educar a sus hijos fuera del espacio escolar pero, como menciona Durkheim⁶:

Es inútil creer que podemos educar a nuestro hijos como queramos. Existen costumbres a las que tenemos que conformarnos; si intentamos sacudirnoslas de las espaldas, más tarde ellas se vengarán en nuestros hijos. Éstos, una vez que hayan crecido y se hayan hecho adultos, no se encontrarán en condiciones de vivir entre sus contemporáneos, con los que no se sentirán en armonía. Han sido educados en unas ideas o demasiado arcaicas o demasiado avanzadas; da lo mismo; la verdad es que en un caso como en otro los así educados no son de su época y, por consiguiente, no se encuentran en condiciones de vida normal. Existe, por tanto, en cada periodo, un modelo normativo de la educación del que no nos es lícito apartarnos sin tropezar con vivas resistencias que intentan contener las veleidades de los disidentes.

Así pues, la escuela se convierte en una obligación para poder destacar socialmente, y en una necesidad de homogeneizarse con el resto de los individuos.

A los niños no se les pregunta si quieren o no ir a la escuela, simplemente tienen que ir. Ahí aprenderán contenidos de español, matemáticas, ciencias naturales, geografía, historia, educación física, formación cívica y ética y educación artística, que los prepararán “para la vida”. Cada uno de ellos les brindarán las herramientas necesarias que condicionen al niño a cumplirlas al pie de la letra para lograr una socialización exitosa.

El arbitrario cultural y la violencia simbólica

La cultura nos exige entrar sin cuestionar al régimen educativo, ya que éste es el puente hacia una vida productiva y llena de oportunidades. Sin embargo, el solo hecho de que estemos obligados a asistir a la escuela porque la sociedad así lo requiere, constituye un *arbitrario cultural*, una acción en donde el individuo pierde la capacidad de decidir y se somete ante las decisiones del “otro”. Entendamos el término arbitrario cultural como la imposición que se ejerce sobre los aprendices sin que éstos sean conscientes del sometimiento del que están siendo parte. En palabras de Bourdieu⁷, es un acto de *violencia simbólica* en donde se legitima la dominación; y todo acto de dominación es un acto de violencia simbólica.

⁶ *Ibid.*, p. 93.

⁷ Bourdieu, Pierre y J.C. Passeron, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: Laia. Libro 1, 1997, pp. 39-109.

En la escuela se viven distintos tipos de violencia manifestados en las acciones y el lenguaje de su población; sin embargo, “Maestros, directivos y alumnos difícilmente enuncian la palabra violencia para calificar los acontecimientos que dificultan el trabajo escolar”⁸. Dentro de estos actos violentos, pasa desapercibida la violencia simbólica, incluso tal vez los maestros la ejercen y ni siquiera están conscientes de que están siendo los victimarios de este acto.

La violencia simbólica es toda acción (o coerción) que se ejerce sobre los individuos (dominados) sin que éstos sean conscientes de que están siendo sometidos por una fuerza mayor (dominador). Este acto de violencia es claro en la subjetivación de los roles masculino-femenino. La mujer aprende desde pequeña que el sexo fuerte está representado por el hombre y ella asume su papel de subordinada ante el género opuesto. Asimismo, en el espacio escolar también se encuentra presente dicha violencia; los alumnos son literalmente obligados a permanecer dentro del aula cinco horas diarias y a acatar las reglas internas del lugar para poder sobrevivir en el mismo.

En el salón de clases, el profesor tiene la autoridad máxima, él guía las actividades de los alumnos, decide cuáles temas se tratarán en clase y cuáles no, quiénes participarán y quiénes no lo harán, y es él quien toma las decisiones dentro del aula. Los alumnos simplemente asumen este rol dominante del maestro como algo natural, un rol que desde antaño ha sido el del “líder” del aula y, por lo tanto, no se cuestionan sobre las razones que lo hicieron llegar hasta el puesto dominante en el que se encuentra, simplemente lo ejerce y los demás lo asumen como legítimo.

Los alumnos interiorizan la dominación, acción que constituye un arbitrario cultural, y se adaptan a las reglas que gobiernan el espacio escolar. El levantar la mano para hablar, pedir permiso para ir al baño, sentarse correctamente, trabajar en silencio, seguir las indicaciones del maestro, etc., no son sino una serie de actos de violencia simbólica en donde se priva al niño de su capacidad de decidir. A pesar de ello, pocos se cuestionan sobre el porqué seguimos las órdenes del maestro al pie de la letra.

¿Por qué levantar la mano para hablar? Los niños pueden expresarse sin pedir permiso y son capaces de entender lo que dicen. Un ejemplo claro se da en la hora del recreo, en donde los niños crean las reglas de sus propios juegos y ninguno levanta la mano para comunicarse con el otro; simplemente uno habla y el otro lo escucha. Dentro del juego, las reglas cambian y el infante es capaz de comunicarse

⁸ Furlan, Alfredo, “Problemas de indisciplina y violencia en la escuela” en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, julio-septiembre, vol. 10, núm. 26, 2005, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, México, p. 634.

sin seguir las reglas impuestas por el maestro. Por lo tanto, podemos deducir que es posible comunicarse sin tener que esperar un turno con la mano arriba, sin embargo, dentro del aula esto es un requisito indispensable.

Y qué podemos decir de la regla de pedir permiso para ir al baño. En esta acción es visible la violencia. El niño debe pedir permiso para ir al baño en la escuela y el maestro decide quién tiene el derecho de ir, pasando por alto que ésta es una necesidad primordial en los seres humanos, e incluso en ocasiones la utiliza como castigo hacia los aprendices. Y pobre de aquel niño que no logre controlar sus esfínteres y se orine dentro del aula, pues además de ser reprimido por el maestro, se convertirá en la burla de sus compañeros.

Así pues, este arbitrario cultural que nos ha sido impuesto por la sociedad, es adoptado como un *modus vivendi* y aceptado como una forma de desarrollarnos, aunque esto implique que lo hagamos bajo múltiples actos de violencia simbólica.

El rol del maestro como máxima autoridad dentro del aula y el sometimiento de los alumnos al “régimen educativo”

La escuela, para existir, necesita dos elementos importantes: maestro y alumno. Esta dupla hace posible que se lleve a cabo el acto educativo. Durkheim⁹ señala que “Para que se tenga educación es menester que exista la presencia de una generación de adultos y una generación de jóvenes, así como también una acción ejercida por los primeros sobre los segundos”. El maestro fungirá como representante de la generación adulta dentro del aula, y los alumnos representarán a la parte joven. Cada uno juega un rol distinto dentro del aula: mientras que el maestro es el guía y la autoridad, el niño juega un papel subordinado en donde se pone a disposición de lo que el maestro diga, siguiendo las indicaciones con respeto y disciplina.

En esta dupla maestro-alumnos se ejerce coerción sobre los segundos, se les trunca la capacidad de decidir por sí solos y, si lo hacen, necesitan la autorización del adulto, quien decidirá si está bien o está mal lo que proponen.

Dentro del aula se vive la dupla *dominador-dominado*, manifestada a través del maestro (dominador) y los alumnos (dominados). En esta relación el maestro posee la fuerza, tanto física como simbólica, para someter a los alumnos que se encuentran en desventaja por representar al grupo sometido. En este juego de roles, el dominador ejerce coerción sobre los dominados y los somete a su forma de

educar, mientras que los dominados obedecen de manera pasiva esta acción.

A pesar de que en todas las aulas existen “alumnos problema” que retan la autoridad del maestro, siempre terminan sometidos a su régimen, y si no lo hacen son expulsados de la institución escolar. Es entonces donde los alumnos acatan la señal de que deben adaptarse y cumplir con las órdenes del dominador o quedarán fuera del grupo, ya sea porque no obedecieron las reglas o porque no aprendieron de manera correcta los contenidos escolares.

Este juego de los roles dominador-dominante no sólo se desarrolla en la relación maestro-alumno dentro del aula, ya que existen otros grupos donde el dominado del primero (alumno) se convierte en dominador y se crean cadenas de dominación en donde se pueden desarrollar ambos roles a la vez.

Una de las duplas más notables, después de la de maestro-alumno, es la de niños-niñas (en el orden de mencionarlo va implícito el dominador y el dominado). En la escuela, y en la formación anterior a ella, se enseña que los niños cuentan con atributos más notables que las niñas: son fuertes, valientes, jefes, conquistadores, decididos, etc., mientras que las niñas son sumisas, débiles, sirvientas, ayudantes, conquistadas. No pretendo hacer hincapié en un punto de vista de feminismo trillado sino mostrar que desde edad temprana los niños y niñas aprenden y refuerzan su identidad de género, y ésta será la que en edad escolar los llevará a convertirse en dominados y dominantes.

En la escuela se refuerza la identidad de género y es ahí donde se hace la separación niño-niña: en las filas para entrar al aula, las mesas para sentarse, la diferenciación de los baños, etc. En este último punto, los niños se califican como dominadores porque las niñas tienen que sentarse para ir al baño (señal de doblegación), mientras que ellos pueden permanecer parados (tienen el mando). Pareciera un juego de niños esta cuestión de ir al baño, pero no es más que el reflejo de lo aprendido y aprehendido socialmente, además de reforzado dentro del espacio escolar.

En México, es muy común escuchar en los pasillos de las escuelas que “los niños no lloran”, y quienes lo hacen se rebajan a una situación de mujeres, pues son las niñas quienes “lloran por todo”. En este ejemplo podemos ver de nuevo la dupla del dominio: el dominante no llora, se aguanta para demostrar su poder; el dominado llora, se humilla en señal de sometimiento ante el más fuerte.

Si nos ponemos a analizar cada uno de los grupos de dominación que existen dentro del aula, encontraríamos un sinnúmero de acciones sexistas, racistas y clasistas que son reforzadas por las acciones o los comentarios que emite el maestro frente a sus alumnos. Lo anterior no es considera-

⁹ Durkheim, *op. cit.*, p. 95.

do como una injusticia ni como un acto violento (aunque sea una expresión explícita de violencia simbólica), sino como un acto de supervivencia en donde impera la ley del más fuerte y donde a los alumnos no les queda otra opción más que defenderse o fracasar en la lucha por el poder.

Los contenidos escolares y la subordinación femenina

Los contenidos escolares son una herramienta indispensable, quizá la más importante, para educar a las generaciones jóvenes. Las escuelas se guían por dichos contenidos para instruir al alumno y generarle nuevos aprendizajes. El problema es que pocos de éstos se enfocan a enseñar la valorización, las diferencias y similitudes de los géneros.

La escuela carece de materias con contenidos que enseñen la equidad de los géneros, por el contrario, los contenidos escolares marcan de manera tajante la diferencia entre sexos, dándole mayor importancia al género masculino al valorarlo como fuerte, inteligente, vencedor, valiente, trabajador, etc., mientras que el papel del género femenino se transmite como débil, tímido, dependiente, vencido, etc.

Estos contenidos se transmiten a los alumnos, quienes inconscientemente van interiorizando las características de su género. En el aula, el maestro reforzará la interiorización del rol de cada género con frases como: “los niños no lloran”, “no llores, pareces niña”, “las niñas se sientan con las piernas cruzadas”, “que limpien las niñas; los niños cargan”, “los niños en una fila, las niñas en otra”, y una serie de expresiones que van delimitando las actitudes que deben tener los niños y las niñas.

Al hacerse esta diferenciación, es acompañada de cierto sobajamiento del sexo femenino, en el aspecto de que el género masculino cuenta con mayor presencia en los contenidos escolares; las mujeres poco aparecen en los libros de texto como protagonistas o heroínas.

Estuve preguntando, de manera informal, a amigos y conocidos sobre qué mujeres importantes recordaban de los contenidos de la escuela primaria, y todos coincidieron en tres mujeres, que fueron las mismas que yo pude recordar al hacer esta misma reflexión: Sor Juana Inés de la Cruz, Doña Josefa Ortiz de Domínguez y la Malinche (recordadas en ese orden), y sólo algunos recordaron a la emperatriz Carlota y a Margarita Maza de Juárez.

Luego cambié la pregunta y cuestioné sobre qué hombres recordaban; la lista creció de manera singular: los Niños Héroes (que son seis y automáticamente rebasan el número de mujeres destacadas), Francisco Villa, Emiliano Zapata, José María Morelos y Pavón, Miguel Hidalgo y Costilla, Justo Sierra, Francisco I. Madero, Benito Juárez, Antonio López

de Santa Anna, Maximiliano, Porfirio Díaz, Venustiano Carranza, Hernán Cortés, Moctezuma, Cuauhtémoc, el Pípila (del que nadie recordó su nombre de pila), Ignacio Allende, Lázaro Cárdenas y Miguel de la Madrid (el orden de éstos fue aleatorio). Aquí podemos darnos cuenta de que “... en los libros que trazan las vidas de las mujeres ilustres: son figuras pálidas al lado de los grandes hombres, la mayoría se encuentra a la sombra de un gran héroe masculino”¹⁰.

En las respuestas anteriores se puede ver la poca influencia de las mujeres en los contenidos de la escuela. Como menciona Simone de Beauvoir¹¹: “Los hombres han hecho Grecia, el Imperio Romano, Francia y todas las naciones; han descubierto la Tierra e inventado los instrumentos que han permitido explotarla, y la han gobernado y poblado de estatuas, cuadros y libros. La literatura infantil, la mitología y los cuentos y relatos reflejan los mitos creados por el orgullo y los deseos de los hombres: la niña explora el mundo y descifra su destino a través de los ojos de los hombres”.

Otro ejemplo de subordinación del género femenino, tanto en los libros como en el aula, es el uso excesivo del género masculino para referir a ambos sexos; “los niños” engloba al grupo completo, no importa si son del sexo femenino, todos son “los” (uso acentuado del artículo masculino). El maestro, los niños y las niñas utilizan el pronombre “nosotros” también para referenciar al grupo en general. De hecho, *Los seres humanos* somos “los”, no somos “las seres humanos”. Este tipo de expresiones son legitimadas de generación en generación y forman parte de nuestra vida cotidiana, por ello, pocas veces nos cuestionamos sobre este hecho y aceptamos que la mujer puede ser referida con artículos y pronombres masculinos, mientras que el hombre sólo se mencionará con auxiliares masculinos.

La escuela se encuentra completamente ligada a la vida cotidiana, por esta razón, el niño reproduce modelos aprendidos en casa y los refuerza apoyándose en los aprendizajes generados en la escuela. Aquí, la niña reafirma que debe ser madre cuando crezca, que debe dedicarse a las labores del hogar y atender a su familia; el niño, por su parte, aprende que debe ser trabajador para mantener a su familia y a sus hijos. La mujer se condiciona para desarrollarse y vivir en el espacio privado, mientras que el hombre se prepara para sobrevivir en el espacio público.

El género femenino se encuentra en desventaja ante el masculino por toda la serie de contenidos escolares que acentúan las características positivas del machismo, así como por el uso del lenguaje y las acciones que vienen a reforzar la dominación del género masculino.

¹⁰ Beauvoir, Simone de, *El segundo sexo*, 2. *La experiencia vivida*. México: Siglo XXI/Alianza Editorial, 1995, p. 35.

¹¹ *Ibid.*

La violencia de género en la escuela

Hablar de que existe “violencia” en la escuela es atribuir a la institución escolar una responsabilidad enorme, apoyada en un término que puede caer en malas interpretaciones. María Inés Bringiotti¹² y otras colaboradoras plantean en la hipótesis de su investigación sobre *las múltiples violencias de la violencia en la escuela*, que “el fenómeno llamado ‘violencia en la escuela’ no es un concepto unívoco, ya que designa el resultado de múltiples violencias que se ejercen a nivel individual, en la familia, en las instituciones y desde lo social, que se articulan y potencian entre sí ...”

La violencia no se puede atribuir cien por ciento al espacio escolar; la formación familiar y social contribuyen para que se desarrollen las distintas manifestaciones de violencia dentro de dicho espacio. En este apartado hablaré de una violencia en particular: la violencia de género.

Como ya he mencionado antes, el género femenino se aprende como un género subordinado ante el masculino, y gran parte de esta subordinación se basa en los requerimientos que la escuela exige a las niñas: el “estereotipo de la alumna modesta, industriosa, dócil y de buenas maneras”¹³, y quienes no se comportan como requiere el estereotipo son consideradas “las chicas que fallan porque son vistas como seres sin cerebro, perezosas, sin valor, patológicas, cargadas por rasgos hereditarios cuestionables o por productos de hogares con antecedentes desviados”¹⁴.

Después de la década de los años sesenta, con la lucha feminista y la incursión de la mujer al espacio laboral, la imagen femenina poco a poco fue dando un giro en busca de la equidad con el sexo masculino. Sin embargo, en el espacio escolar este hecho ha dado pauta para que la mujer sea agredida con comentarios sexistas que critican o ponen a prueba sus capacidades para medir si es, o merece ser, igual a los hombres.

Peter McLaren¹⁵ hace mención de la resistencia que efectuaron sus alumnas en contra de estas pruebas varoniles:

Es significativo que el vestido y el maquillaje constituyeran para las chicas de mi clase un acto de rebeldía directa en contra de los códigos ideológicamente autorizados de la escuela. Era sobre todo una reacción en contra de

la política de regulación del cuerpo y la moral experimentales de la escuela; el vestido de las chicas constituía una lucha por poder social dentro de una cultura dominada por hombres y un sistema económico opresivo. El atuendo manifiestamente masculino pero entallado y provocativo, era un rechazo a ser ubicadas como sujetos femeninos, como agentes de la hegemonía patriarcal. Las chicas estaban rechazando el patriarcado inscrito en la ropa estereotípica femenina: las blusas pulcras, las faldas estampadas, el aspecto de ‘toda una señorita’. Las chicas entonces se convertían en ‘sujetos de resistencia’, que ejercen el control en el proceso cultural de la construcción de significados y de la identidad social.

Sin embargo, esta resistencia efectuada por niñas de sexto año de primaria, evidenciaba la renuncia a los patrones establecidos de “ser mujer” para ser sólo femeninas; explotaban su femineidad sin seguir las reglas escolares y sociales.

Y ésta es sólo una parte de las acciones ejercidas por mujeres para sobrevivir a la violencia en el ámbito escolar. Uno de los grandes problemas en las instituciones educativas es el acoso sexual a niñas. Tanto maestros como alumnos han ejercido acciones de sometimiento hacia las niñas estudiantes. Tal vez como resultado de la resistencia explicada por McLaren o por la necesidad de mostrar hombría sometiendo al “otro”, pero pocos de los casos son revelados por miedo al agresor, a la institución o a la burla de los mismos compañeros de clase.

El problema de la violencia hacia la mujer no es fácil de erradicar; para hacerlo se tendría que cambiar la mentalidad de toda la sociedad. Aunque la escuela implemente en su programa materias con contenidos de equidad de género, se debe pensar más allá; reformar no sólo los contenidos escolares sino las relaciones sociales de los niños y de los padres, quienes directamente influyen en la educación de sus hijos. La escuela sí puede, y debe, hacer una parte del trabajo de aceptación y equidad entre géneros, pero el proceso será largo aún.

Hasta la fecha, llevamos aproximadamente cincuenta años de lucha por posicionarnos en el nivel de los hombres; los avances han sido significativos y las mujeres hemos podido incursionar en el ámbito público, mas todavía falta lograr que ambos géneros gocen de las mismas oportunidades de vida, que esta meta deje de ser un slogan partidista o un sueño femenino y se convierta en una realidad tangible en donde la violencia antes mencionada sea suplida por la convivencia sana y equitativa entre hombres y mujeres.

¹² Bringiotti, María et al., “Las múltiples violencias de la violencia en la escuela. Hacia un abordaje integrativo del problema” en *Violencia y escuela, propuestas para comprender y actuar*. Buenos Aires: Aique, 2005, p. 28.

¹³ (McLaren 2000: 309).

¹⁴ (McLaren 2000: 313).

¹⁵ (2005: 311).